

MODELOS EXPLICATIVOS SOBRE LOS ORÍGENES Y LA EVOLUCIÓN DE LA HUMANIDAD *

M.^a E. SANAHUJA YLL
(Universidad Autónoma de Barcelona)

1. LA PRETENDIDA ASEPSIA

Para empezar, hay que tener muy presente que el estudio de la evolución humana presenta serias dificultades por diversos motivos. En primer lugar, abarca un espacio de tiempo enormemente largo, desde las últimas formas de *Ramapithecus* (8 millones de años) hasta la aparición de los primeros grupos *Sapiens* (100.000 aproximadamente). Las transformaciones tienen lugar en diferentes poblaciones y en diversos lugares, en consecuencia no se trata de una progresión evolutiva igual e uniforme y buscar hipótesis de causalidad única de cualquier fenómeno evolutivo resulta poco razonable (Bleier, 1984; 115-138). En segundo lugar, los restos hallados no representan una muestra significativa de las poblaciones que ocuparon la tierra y además existen grandes vacíos en el registro fósil, por ejemplo entre los 8 y los 4 millones de años, lapso de tiempo crucial en la formación de las primeras formas de homínidas/os. Finalmente, cabe destacar que no todos los materiales se conservan del mismo modo. El registro empírico de restos óseos de animales y útiles líticos resulta mucho más abundante que el de los vegetales u otras materias primas como la madera y la piel, hecho que puede alterar las conclusiones esgrimidas.

Por todo lo dicho, los datos arqueológicos se han completado muchas veces con otras fuentes de información —estudio del mundo biosocial de los primates no humanos y estudios de las sociedades cazadoras/recolectoras modernas. Sin embargo, al igual que ocurre

* Conferencia del Curso Nuevos Enfoques Teóricos y Metodológicos. Programa de Doctorado *Mujeres y Sociedad*, 9-5-1990.

con el fragmentario registro fósil —sujeto a interpretaciones varias— lo mismo tiene lugar en el campo de la antropología (las interpretaciones sobre un mismo grupo cazador/recolector son diversas y, en algunos casos, incluso antagónicas) y la primatología se halla todavía en un estadio antiguo de desarrollo.

Cuando las/los diferentes investigadoras/es han querido abordar el tema de los orígenes de la humanidad, la manera de hacerlo ha dependido de su propia visión del mundo. Como se trata de un momento de transición entre lo que podríamos denominar animalidad/humanidad, o bien se ha mantenido una fuerte dosis de precaución que ha provocado que fuera un capítulo de nuestra historia poco abordado y casi silenciado, o bien se ha utilizado como modelo de una antigua «edad de oro» que permitiese pensar en una sociedad futura sin diferencias de clases —tal es el caso del famoso comunismo primitivo—, o bien ha servido para reforzar las relaciones entre mujeres y hombres modernos y los comportamientos de ambos sexos, así como las instituciones e ideologías que los mantienen y permanentizan, lo que puede ilustrarse claramente con la hipótesis del hombre cazador.

Marx y Engels mencionaron la existencia de etapas de desarrollo en la historia de la humanidad anteriores a las sociedades de clase. Para englobar estas comunidades utilizaron el término de comunismo primitivo, concepto un tanto vago y poco definido por los mismos autores. Suponen que se trata de un «estado natural» y que la historia empieza con la ruptura de este equilibrio originario caracterizado por un débil desarrollo de las fuerzas productivas, el trabajo cooperativo y la propiedad comunal de los medios de producción. La aparición de la propiedad privada y el surgimiento de instituciones sociales para regular los intereses de los propietarios pusieron fin al comunismo primitivo. Sin embargo, si tenemos en cuenta que los estados más antiguos se constituyeron hacia el 3000 y que las primeras formas de homínidas/os las tenemos documentadas hace unos 4 millones de años, tuvieron que sucederse una serie de cambios y transformaciones que debieron alterar las relaciones de producción y las de sexo o género más de una vez. El prehistoriador V. Gordon Childe sugirió ya en 1936 que el proceso anterior a la aparición del estado debió ser mucho más rico y complejo de lo que se había supuesto y, en la actualidad, un gran número de antropólogos/os ha intentado vincular ciertas comunidades residuales modernas, tanto cazadoras/recolectoras como horticultoras, con el comunismo primitivo u otras formas degradadas de éste, cuya denominación y definición varía según las/los investigadoras/es (comunismo primitivo de Hindess y Hirst (1975); modo de producción comunitario de Dhoquois (1971); modo de producción doméstico de Sahlins (1974) y Meillassoux (1975); modo de producción de linaje de Terray (1975); comunismo primitivo, modo de apropiación indi-

vidual y modo de producción de linaje de Testard (1985), entre otras/os. Si estos estudios pueden servirnos de referencia para el estudio de comunidades del paleolítico medio o superior, no creo que tengan ningún valor para la representación de los orígenes de la humanidad. De hacer analogías, si es que las analogías resultan válidas, más bien deberíamos remitirnos al terreno relacionado con el mundo biosocial de los primates no humanos.

2. EL INSEPARABLE BINOMIO HOMBRE/CAZA

En todas las teorías liberales modernas de la evolución desarrolladas hasta la década de los setenta aproximadamente, se resalta la caza como primera fase del desarrollo cultural. Dicha actividad se relacionó con dos factores estrechamente imbricados, la capacidad de utilizar instrumentos —armas— y el bipedismo.

Así pues, el modelo del hombre cazador se ha utilizado para explicar los orígenes de la humanidad. El homínido juega el papel económico más destacado. Persigue y caza animales; inventa armas; alimenta, protege y defiende a *su* hembra y *sus* crías, y controla el emparejamiento. Las homínidas, en cambio, se limitan a ser seres pasivos. Sus funciones quedan restringidas a la reproducción y a los servicios sexuales. Para las homínidas, la reproducción biológica, al parecer, resulta incompatible con la producción para la subsistencia y la autonomía económica y social. Esta visión del hombre cazador/proveedor es, en esencia, prácticamente igual a la desarrollada por Darwin un siglo antes en *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*. En esta obra, Darwin expone que la selección sexual podría explicar el dimorfismo sexual existente entre los humanos. En el caso de los animales, Darwin destaca dos factores fundamentales que intervienen en la selección sexual, la competición de los machos por tener acceso a las hembras y la elección de compañeros sexuales por parte de estas últimas. Sin embargo, cuando se refiere a los grupos homínidos, la elección pasa a efectuarla el macho, a diferencia de la mayoría de los mamíferos. Al mismo tiempo, Darwin sugiere que los primeros homínidos, superiores a las homínidas en coraje, agresividad e iniciativa, fueron cazadores y que tanto la selección natural como la sexual favorecieron a los más valientes, los más inteligentes y los más hábiles en el empleo de instrumentos.

En cuanto al dimorfismo sexual de los humanos, hemos de remontarnos a los fósiles de nuestras antecesoras/es más lejanas/os para analizar si dichas divergencias eran o no acentuadas, ya que, en la actualidad, no existe ningún rasgo físico aparentemente diferenciador para explicar que los machos debían ser los cazadores. Y como resulta difícil no pensar mecánicamente en la reproducción biológica (gestación, parto y amamantamiento), se advierte de ante-

mano que estas características nada tienen que ver con el coraje, la agresividad, la iniciativa, la fuerza o la habilidad en manipular instrumentos.

Los fósiles más antiguos que tenemos documentados se remontan a la especie bautizada como *Australopithecus Afarensis*. Del estudio de la denominada «Primera Familia» de Hadar (Etiopía), D. Johanson (1981), su descubridor, dedujo que los miembros que componían este grupo murieron ahogados al ser arrastrados por una riada, quedando enterrados bajo una capa de barro. Dichos fósiles presentan cierta variabilidad. Algunos son más robustos que otros y las mandíbulas se diferencian por ser gráciles y en forma de V o robustas y en forma de U. Johanson interpreta esta diversidad como dimorfismo sexual, expresión fenotípica de la variación morfológica entre los machos y las hembras de la misma especie. Sin embargo, R. E. Leakey considera que las variaciones morfológicas entre las mandíbulas son demasiado acentuadas para tratarse de dimorfismo sexual y atribuye las diferencias a dos especies distintas coexistentes en el tiempo: *Australopithecus* y *Homo*.

En general, la teoría del macho cazador, en sus múltiples versiones (Sahlins, 1960; Ardrey, 1961, 1966, 1970, 1976; Isaac, 1976; Pfeiffer, 1972; Tiger, 1969, 1970; Morin, 1973; Moscovici, 1972; 1974; Washburn y Lancaster, 1968), incide, con mayor o menor énfasis, sobre una u otra de las siguientes aseveraciones:

1. La caza no es sólo una actividad productiva, sino que acuña un comportamiento determinado. Es la responsable de la división sexual del trabajo, de la cooperación, de la distribución de alimentos, del bipedismo, de la fabricación de herramientas y del desarrollo del lenguaje. Como los cazadores son los machos homínidos, únicamente ellos son los actores en la representación de los orígenes de la humanidad.

2. La cinegética se ha querido relacionar con el agresionismo innato y natural de los machos. Las actividades cazadoras presuponen un aprendizaje infantil y un desarrollo de técnicas y sistemas adecuados para la persecución de animales y su transporte, ambos estimuladores de la inteligencia. Así, el mejor dotado —el mejor cazador, el más agresivo— tendrá más posibilidades de sobrevivir. A pesar del darwinismo que rezuma este presupuesto, existe también un cierto retorno al lamarckismo, ya que da la sensación de que las características conductuales adquiridas a través del proceso de socialización pasan a formar parte del bagaje genético o que el aprendizaje de la caza determina todo el mecanismo neurológico.

3. Las hembras no son móviles debido a la reproducción y al amamantamiento de las crías, de lo que se deduce que no están capacitadas para la caza y de ahí que no sean autónomas ni económica ni socialmente.

4. Los machos adultos ejercen desde los orígenes un dominio sobre las hembras y los machos jóvenes. La cooperación se inicia entre los machos adultos y sólo entre ellos.

5. El desarrollo de la familia nuclear, conectada con la pérdida del estro por parte de la hembra, y la división sexual del trabajo resultan imprescindibles para la subsistencia del grupo.

6. El tabú del incesto ayudará a mantener las diferencias entre los sexos como condición de la exogamia.

3. LA CAZA Y SUS IMPLICACIONES

Examinemos de un modo más profundo estas aseveraciones:

En primer lugar, tenemos que descartar el presupuesto mantenido hasta hace poco tiempo de que los restos óseos de animales asociados con fósiles de australopitécidas/os indican mecánicamente que aquéllos son desperdicios de comidas, que estas/os primeras/os homínidas/os dominaron al resto del mundo animal o que ingerieron carne de manera sistemática.

En la actualidad, existe la opinión, bastante generalizada, de que la morfología de la dentadura de *Australopithecus* indica omnivorismo, sin una especialización clara y definida para cortar, pulverizar semillas o roer huesos (Harding-Teleki, 1981; Mann, 1975 y 1981). Los estudios sobre el desgaste de los dientes, la musculatura del aparato masticador y las señales de rayas en la superficie de las piezas dentarias indican que, a pesar de que *Africanus* y *Robustus* presentan ciertas diferencias, las dos especies se alimentaban de productos variados, tanto de frutos blandos como de duros, fibrosos y difíciles de masticar. No parece haber consenso en si la mayoría de estos frutos contenían arena (tubérculos y raíces arrancados del suelo) o estaban «limpios» (frutos y otros vegetales procedentes de los árboles (Isaac, 1984; Zilhman, 1983).

Por otro lado, Brain (1970 y 1981) estudió los restos óseos de australopitécidas/os asociados con los de animales de las cuevas sudafricanas, en especial las pautas de rotura de los huesos, las señales de los dientes de los carnívoros en ellos y la proporción de carnívoros/ungulados (se sabe que los felinos consumen una mayor proporción de carnívoros que los seres humanos). De todo ello dedujo que las cuevas eran guaridas de felinos y que los restos óseos que aparecían en ellas, incluidos los de *Australopithecus*, eran los desechos de las comidas de aquéllos.

Brain menciona también algunas transformaciones que tuvieron lugar en las cuevas de Sterkfontein y Swartkrans, las dos en África del Sur. En Sterkfontein, el nivel correspondiente al *Australopithecus Africanus*, sin herramientas talladas, presenta una proporción

de carnívoros/ungulados relativamente alta (48 %). Sin embargo, se reduce a un 15 % en el nivel 5, relacionado con unos pocos fragmentos clasificados como *Habilis* y numerosos instrumentos fabricados con guijarros. Según Brain, la proporción elevada carnívoros/ungulados sugiere caza y carroñeo por parte de los carnívoros y la baja, en cambio, una posición dominante por parte de *Habilis*, lugar mantenido anteriormente por los felinos. Lo mismo ocurre en Swartkrans, con un 37 % (nivel 1) frente a un 12 % (nivel 2). Por otro lado, los antílopes del nivel 4 de Sterkfontein son, en su mayoría, jóvenes y los del 5 de edades más variadas. En este último nivel, un fragmento óseo, como mínimo, presenta señales de corte efectuado con un objeto de borde afilado.

Según los criterios de Vrba (1975) y Shipman (1983), basados en la edad, el tamaño y el hábitat y costumbres de las especies capturadas. Cuando se trata de actividad cazadora, una gran proporción de los animales cazados son jóvenes, el tamaño de las presas es restringido y el objetivo de las/os cazadoras/es es conseguir un único tipo de animal. En cambio, el carroñeo se basa en una obtención oportunista de carne, en consecuencia no implica un número elevado de ejemplares jóvenes, las clases de edad y el tamaño (aunque tienden a ser grandes) de los animales son más variados y las/los carroñeadoras/es explotan presas de costumbres muy diversas.

Brain interpreta, siguiendo los presupuestos esgrimidos por Vrba y Shipman, que los antílopes del nivel 4 de Sterkfontein, en su mayoría jóvenes, habían sido víctimas de los carnívoros y que los del nivel 5 habían sido obtenidos por grupos de *Habilis*, cuya mayor inteligencia junto con su capacidad de fabricar herramientas les transformaron en el principal agente de las acumulaciones de restos óseos, reemplazando de este modo a los carnívoros.

Sin embargo, llegado a este punto, debemos plantearnos dos nuevas cuestiones referentes a *Habilis*. En primer lugar, es necesario preguntarse si los animales conseguidos procedían del carroñeo o de la caza y, en segundo lugar, si su carne constituía parte de la dieta alimenticia o bien si sólo interesaban otros productos, tales como por ejemplo la piel.

Tras examinar la edad y los tamaños de los animales que presentaban señales de cortes en el yacimiento de Olduvay (Tanzania), Shipman considera que el carroñeo fue el modo dominante de obtener carne por parte de machos y hembras *Habilis* e incluso de *Erectus*. Los animales eran de diferentes tamaños, con pocos ejemplares jóvenes, originarios de hábitats diferentes y con costumbres variadas (bóvidos, jiráfidos y équidos). Las marcas de los cortes se hallan siempre en la zona central del cuerpo de los huesos, lo que sugiere que las/los homínidas/os eliminaban la carne de los huesos lo más rápidamente posible para evitar el peligro de la competencia de los depredadores, en especial porque todavía no conocían el fuego, bá-

sico para ahuyentar a los animales salvajes. Desarticular una pata, que hubiera dejado señales de cortes en las juntas de los huesos, habría llevado mucho más tiempo.

A partir de sus trabajos en África oriental, Shipman considera que el cambio del carroñeo a la caza (colectiva, por supuesto) pudo tener lugar en algún momento del desarrollo de *Erectus*, entre 2-1 millón de años, debido al cerebro más complejo de esta última especie, a sus herramientas más sofisticadas y al control del fuego por parte de la misma. Blumenberg (1979) señala una antigüedad de un millón de años o algo después. Así pues, debemos aceptar que la dieta a base de carne pudo haber sido más importante entre *Habilis* que entre *Australopithecus/a* y que la caza no empezó a jugar un papel más importante hasta una época posterior, casi tres millones de años después de los orígenes de la humanidad, en especial durante el Pleistoceno Medio, a partir del momento en que se produce la expansión de machos y hembras de la especie *Erectus* por el Viejo Mundo, donde algunos grupos debieron encontrar abundantes y fáciles recursos de este tipo. A diferencia de lo que se ha opinado, es el desarrollo de estrechos lazos cooperativos *inter* y *extra* grupales los que permitirán el desarrollo de la caza y no al revés. En consecuencia, proponemos descartar de una vez la teoría de la cinegética como factor crucial en el proceso de evolución humana.

4. CAZA Y AGRESIVIDAD

Raymond Dart (1925, 1953, 1959), profesor de anatomía de la Universidad de Johannesburgo, influenciado por Darwin, fue el primero en considerar que los cráneos de mandril aplastados hallados en la cueva sudafricana de Makapansgat habían sido abatidos por cazadores australopitécidos, que únicamente podían sobrevivir en un mundo hostil gracias a sus instintos asesinos desarrollados por la dependencia de las armas. Al mismo tiempo, Dart interpretó los dos pequeños agujeros del *Australopithecus robustus* de Swartkrans, otra cueva sudafricana, como la prueba de un ataque intencionado por parte de otro individuo de la misma especie. Para justificar esta imagen, resultaba imprescindible encontrar armas y Dart quiso verlas en una concentración significativa de huesos largos, cornamentas y mandíbulas entre los restos óseos de animales de Makapansgat. Dart interpretó que los huesos largos, los cuernos y las mandíbulas se empleaban como garrotes para abatir presas animales y humanas e inventó el concepto de industria osteodontoquerática.

Esta teoría sobre la agresividad humana, respaldada por autoridades que han conseguido el premio Nobel por sus estudios acerca de la conducta de los pájaros y los gansos: Konrad Lorenz (1966), y divulgada en su versión más simplista por el etólogo Desmond Mo-

rris (1967) y el periodista Robert Ardrey (1961, 1966, 1970, 1976) ha sido duramente criticada desde diversos campos, biólogas/os neodarwinistas, antropólogas/os estudiosas/os de sociedades cazadoras/recolectoras y primatólogas/os, destacando, en especial, la figura del profesor A. Montagu (1978), quien asesta un duro golpe a los partidarios/as del agresionismo innato al ofrecer pruebas que parecen demostrar que ninguna conducta humana específica está genéticamente determinada y que la conducta agresiva depende de las experiencias vividas y está culturalmente condicionada mediante la aprobación o rechazo de la misma por parte de los adultos que conforman una sociedad concreta.

Desde el punto de vista estrictamente arqueológico, los estudios de Brain sobre el cráneo infantil del *Australopithecus Robustus* de Swartkrans ponen de manifiesto que el espacio entre las dos perforaciones (33 mm.) coinciden perfectamente con la separación de los caninos inferiores de un leopardo. Brain supone que un leopardo cogió por la cabeza al niño, lo mató y lo llevó a un lugar seguro. Los leopardos arrastran a sus presas y trepan a un árbol para devorarlas, cayendo los huesos al suelo. En un país seco los árboles crecen alrededor de las fisuras dolomíticas calizas que conducen a las grutas o se están convirtiendo en ellas, las cuales contienen muchas veces agua de lluvia. De este modo, pueden acumularse los restos óseos, entre ellos quizás alguno de himínida/o. Como ya hemos mencionado en el apartado anterior, las australopitécidas/os, al igual que los mandriles y otros animales, serían víctimas de los leopardos. Esta teoría parece más convincente y sólida que aquélla según la cual los homínidos eran quienes cazaban a los demás animales y se asesinaban entre sí.

5. MOVILIDAD / DOMINIO MASCULINO/MONOGAMIA

Una de las explicaciones más frecuentes, para explicar la división actual del trabajo en las sociedades cazadoras/recolectoras residuales se relaciona con la falta de movilidad de las mujeres (Friedl, E., 1975). Los animales no constituyen un recurso estático, en especial los herbívoros, los cuales se mueven en un amplio territorio debido a los cambios climáticos y los recursos disponibles. Cuando en una comunidad se caza, automáticamente se piensa que son los miembros masculinos los que realizan esta tarea, ya que éstos no están comprometidos del mismo modo que las mujeres en la reproducción biológica. Se considera que las mujeres son poco móviles a causa de sus embarazos o del traslado de sus hijos en los desplazamientos. Las mujeres, entorpecidas por el embarazo y los niños de corta edad, no tienen suficiente libertad para cazar. En principio, esta tesis podría ser correcta para algunas mujeres, no para todas e, incluso en

el primer caso, sólo sería válida durante un período determinado de tiempo, sobre todo si se trata de un tipo de caza cooperativo. Este espacio temporal estaría relacionado con los momentos avanzados de la gestación y el amamantamiento, puesto que las/los niñas/os de corta edad podrían ser cuidadas/os durante las actividades cinegéticas por otros individuos del campamento. No hay que olvidar que de la misma manera que se afirma que los varones eran capaces de cooperar en la caza, las mujeres también podían cooperar entre ellas en otras actividades, por ejemplo la vigilancia de las hijas/os pequeñas/os.

En segundo lugar, los datos procedentes de las poblaciones cazadoras/recolectoras modernas y contemporáneas dejan claro que no existe ningún tipo de incompatibilidad entre la participación en la producción subsistencial por parte de las hembras y la reproducción biológica y el cuidado de las crías. En ciertos grupos las mujeres practican individualmente la caza menor e incluso la mayor (caza del canguro entre las aborígenes australianas, del guanaco entre las Selk'nán (Tierra del Fuego) y de ciervos por parte de las Ainou (norte del Japón). En cuanto a las cacerías colectivas, las mujeres participan como ojeadoras —precisamente el sector más móvil dentro de este tipo de cinegética— y no como agentes que terminan de abatir al animal emboscado. Si son los impedimentos biológicos y la maternidad los que impiden cazar, ¿por qué las mujeres, entre algunos grupos, practican eficazmente esta actividad?

Finalmente, cuando las mujeres recolectan, también está demostrado que recorren varios kilómetros diariamente, muchas veces con sus hijas/os a cuestas. Más que no poder cazar quizá se trate simplemente de una imposición de tareas aparentemente compatibles con trabajos ejecutados por las hembras (cuidado de los hijos y labores domésticas) y «naturalizadas» en un momento determinado de la historia de la humanidad por el establecimiento del constructo cultural de los géneros.

En cuanto a la división del trabajo, a *Habilis* también se le ha atribuido haber organizado, por primera vez, el espacio. En algunos casos se habla de áreas de descuartizamiento, donde machos y hembras del grupo *Habilis* terminaban de abatir algún elefante o hipopótamo herido o que acababa de morir y lo descuartizaban en el mismo lugar. Como ejemplo se cita el esqueleto de *Elephas recki* descubierto en Olduvai (capa 1, localidad FLKN, nivel 6), asociado a 123 piezas talladas con un gran porcentaje de piezas cortantes.

En otras ocasiones, se piensa en la existencia de áreas de talla en zonas ricas en materiales de buena calidad para ser trabajados (basalto, obsidiana, cuarzo). Las homínidas/os se instalaban allí y fabricaban sus herramientas. El ejemplo típico lo constituye el sector sudoeste de la localidad Gomboré 18 de Melka Kunturé, donde se detectaron núcleos, guijarros tallados y desechos de talla.

Otras áreas se interpretan como verdaderos campamentos, en los que grupos de *Habilis* se instalaban durante un cierto tiempo. El primer hogar base documentado fue el DK1 A de Olduvay, descubierto por Mary Leakey y fechado en dos millones de años. Se trata de una estructura de bloques de basalto apilados que constituye un área de unos cuatro metros de diámetro. En uno de los lados, las piedras, más pequeñas y espaciadas entre 60 y 70 cms., tendrían la función de aguantar ramas o postes para mantener el armazón de un paravientos. A partir de este descubrimiento se detectaron campamentos del mismo tipo en otros lugares de África, por ejemplo el FxJj 1 de Turkana (Kenia), en el lecho de un curso de agua bordeado de higueras, y el Gomboré 1 de Melka Kunturé (Etiopía), plataforma oval de 6 × 3 m., en parte trabajada, donde, al parecer, se construyó un refugio semejante al de Olduvai, también con amontonamientos de piedras destinadas al apuntalamiento de los troncos de madera.

Según Isaac (1980), estamos ante verdaderos «puntos fijos» evidenciados por una gran acumulación de útiles líticos, desechos óseos de animales y restos de vegetales desaparecidos, situados en zonas de abundante caza o ricas en árboles frutales y siempre cercanas a puntos de agua. En ellos las homínidas/os compartían la comida, producto de la división sexual del trabajo entre los sexos: las hembras recolectaban y los machos cazaban. A partir de complejos análisis estadísticos en la distribución de los materiales de Olduvai (Ohel, 1977), se ha sugerido que los espacios con escasos restos estarían destinados al descanso, los de densa concentración de artefactos y restos óseos se relacionarían con la comida y distribución de alimentos, y en la periferia del área ocupada se efectuaría el des-cuartizamiento.

Los restos óseos de animales hallados en estos supuestos campamentos base indican una dieta variada y oportunista, relacionada con el carroñeo. En Turkana, por ejemplo, abundaban los pescados, cocodrilos, puercoespines, antílopes, jirafas, cerdos e hipopótamos. En Olduvai, son representativos, en especial, las gacelas y los antílopes, seguidos de suidos, équidos, algunos carnívoros, jiráfidos, cocodrilos y tortugas. En todos los campamentos base destacan los restos de pájaros, liebres, pescados, lagartos, camaleones, ranas, roedores diversos y conchas y moluscos de agua dulce. Los vegetales son mucho más difíciles de detectar debido a la dificultad de su conservación, de ahí su escasez en el registro arqueológico.

Potts (1984) considera que los supuestos campamentos base, asociados a *Habilis*, no son lugares de distribución de alimento ni implican protección. Tanto la especie *Habilis* como su sucesora *Erectus* —al menos en sus inicios—, poseían una escasa capacidad lingüística y no conocían el fuego. Estos hechos inciden negativamente, según Potts, en la división del trabajo y en la disposición de hogares base tal como los concebimos en la actualidad. Las acumulaciones

óseas de Olduvay o Turkana hubieran sido un lugar peligroso e incómodo con insectos abundantes y el peligro de los felinos y los cánidos atraídos por los restos orgánicos. Ello dificultaría, pues, la presencia de homínidos/os durante las horas diurnas. Las acumulaciones serían consecuencia de arrastres fluviales o inundaciones y algunos despojos habrían sido transportados por homínidos/os y otros por depredadores. En consecuencia, los denominados hogares base de *Habilis* no serían más que acumulaciones naturales e intencionales de restos de animales y material lítico. Entre los chimpancés de la Costa de Marfil se han encontrado acumulaciones de este tipo. Las piedras son transportadas por los primates entre cinco y quinientos metros con el objetivo de desbastar y desgajar el pericarpio de algunos frutos. Las piedras grandes sirven de yunque y las pequeñas de martillo y, una vez empleadas, se abandonan, siendo reutilizadas en futuras estaciones climáticas. Por todo lo dicho, Potts considera que los homínidos dormirían en lugares más seguros y posiblemente arbolados, al igual que los chimpancés y los gorilas actuales. Los supuestos hogares base, tal como los entienden Isaac y Leakey, empezarán a cobrar forma entre los grupos de *Erectus*.

6. EL MODELO RECOLECTOR

En 1971, Sally Linton es la primera antropóloga que desarrolla un modelo contrapuesto al anterior, el modelo recolector. Según éste, son las homínidos las que recolectan, transportan los alimentos y los distribuyen a sus crías. La autora considera que, cuando la caza hace su aparición, los cazadores compartirán la comida con su madre y sus hermanas/os y no con su pareja sexual, tal como se había venido afirmando.

El modelo recolector, seguido en la actualidad por un nutrido número de investigadoras/es (Zilhman, 1978, 1981; McGrew, 1981; Martín y Voorhies, 1975; Dahlberg, 1981; Tanner, 1981, etc.), resalta tanto el éxito reproductor como el productor de las primeras homínidos.

Zilhman, quizá la estudiosa que presenta el modelo más elaborado, defiende que es la recolección y no la caza —que emergió tarde en el proceso de la evolución humana y a partir de una base social y una tecnología recolectoras— la que constituyó la estrategia fundamental para conseguir comida entre las primeras homínidos. Éstas abarcaron, desde un principio, las esferas económica, reproductora y social. Inventaron los primeros útiles —palos cavadores y recipientes para transportar vegetales y bebés—, obtuvieron comida para distribuir con sus crías y quizá con otros y no eligieron a los machos más agresivos, sino a los más amigables, los que conseguían más comida, los que manipulaban mejor las herramientas, y los que esta-

ban más dispuestos a distribuir los alimentos, comportamientos aprendido de sus madres.

En todas sus versiones, el modelo recolector enfatiza de algún modo el papel de las homínidas frente al silencio anterior, si bien ciertos autores —incluso algunos que antes eran partidarios del modelo cazador— mantienen la existencia de una división sexual del trabajo desde los orígenes, es decir, un modelo mixto (homínida/recolección-homínido/caza) en el que machos y hembras eran mutuamente dependientes (Isaac, 1980; Lancaster, 1975, 1976, 1978; Leakey, 1981; Lee, 1974, 1979). Otras y otros, en cambio, propugnan que dicha división del trabajo fue tardía en la evolución humana o incluso que nunca fue absoluta. Para ello se basan en la potencial flexibilidad del comportamiento de ambos sexos (Zilhman, 1981), en que la producción fue la invención principal de las homínidas/os y no la especialización del trabajo por sexo y por edad (Leibowitz, 1986), o en la minimización de los costos en la obtención de recursos animales que supondría la dependencia alimentaria de recursos estáticos, como los vegetales o los moluscos. En las incursiones recolectoras cualquier individuo del grupo podría obtener carne extra de crías de mamíferos, animales empantanados o heridos y caza mansa (Dennel, 1985).

Una de las críticas que se le ha hecho al modelo recolector es que intenta representar el reverso de la situación que se había imaginado. Pero, ¿por qué tanto revuelo cuando se enfatiza la actuación de las mujeres en un período de nuestra historia? ¿Por qué no se gastan estas energías en denunciar el olvido en que habían estado sumidas? ¿Por qué no se ha cuestionado el carácter *científico* del modelo cazador y, en cambio, sí se cuestiona el del recolector? ¿Por qué se le atribuye la etiqueta de político al modelo recolector?

Es cierto que el modelo recolector parece asociar de manera natural a las mujeres con los vegetales, del mismo modo que el modelo cazador asociaba a los machos con la caza. Incluso cuando Linton habla de que los cazadores, en un momento tardío, distribuirían los productos obtenidos con su madre y sus hermanas/os y no con su pareja sexual, la autora se refiere nuevamente a cazadores machos. Los binomios hembra/vegetales y macho/carne resultan difíciles de destruir. No obstante, bajo mi punto de vista, la importancia del modelo recolector se manifiesta en dos aspectos fundamentales. Ha estimulado en gran manera la realización de diversos e importantes trabajos de investigación respecto a la importancia o no de la ingestión de carne y de la caza en los inicios de nuestra evolución. Y también ha fomentado la elaboración de nuevos modelos denominados «alternativos» que, basándose en la recolección y no en la caza, vuelven a situar a las homínidas en el papel «natural» y «ortodoxo» que les corresponde (Lovejoy, 1981; Fisher, 1982). De hecho, reproducen nuevamente el modelo cazador, pero, paradójicamente, sin cazadores.

6.1. Los modelos alternativos

Owen Lovejoy, miembro del equipo de Donald Johanson, descubridor de la *Australopithecus Afarensis* bautizada con el nombre de *Lucy*, considera que el bipedismo no puede relacionarse con la fabricación de utensilios, ya que los instrumentos tallados más antiguos que poseemos se fechan en dos millones ochocientos mil años y los primeros seres que anduvieron sobre las dos piernas están datados hacia los tres millones quinientos mil. Para el autor, el bipedismo, sistema de correr absurdo, forma parte de una estrategia de supervivencia que permitirá a las homínidas procrear más. Sin embargo, un menor espaciamiento en los nacimientos implicará que las homínidas tengan menor movilidad que antes y que no puedan obtener comida para ellas y sus crías. En consecuencia, tendrán que depender de los homínidos respecto a la provisión de alimentos. Este hecho coincidirá con la pérdida de celo de las hembras, la individualización de los símbolos sexuales y la formación de parejas monogámicas. Así pues, la familia nuclear (mujer/reproductora/cuidadora de hijos/responsable de las tareas de mantenimiento del hogar y hombre, esta vez, recolector/proveedor de alimentos) es un comportamiento genéticamente programado y constituye una adaptación fundamental de los primeros homínidos (*Australopithecus Afarensis*).

Por su parte, Helen E. Fisher, investigadora del departamento de Antropología de la Nueva Escuela de Investigaciones Sociales de Nueva York, considera que la protección del macho homínido resultaba indispensable para poder criar a los hijos, estableciéndose lo que la investigadora denomina el contrato sexual. Una serie de hembras «mutantes», aquellas que eran más receptivas sexualmente debido a una prolongación de la época de celo, recibían más atenciones —mayores trozos de carne, más compañía y defensa— por parte de los machos. Fueron estas hembras y sus crías las que sobrevivieron y transmitieron la anormalidad genética. Esta posibilidad de actividad sexual permanente llevó a la formación de la familia nuclear. Con frases de la propia autora «... pero cuando las hembras protohomínidas comenzaron a luchar para sacar adelante a sus pequeños, empezaron a buscar ayuda. Y había por todas partes una fuerza de trabajo desaprovechada, una verdadera Cornucopia, una mina de oro: los machos protohomínidos. No tenían más que cortejar a aquellos machos y engatusarles para que las ayudasen y ayudasen a sobrevivir a las crías».

Como puede observarse, en estos dos últimos modelos «nuevos», «alternativos» y sobre todo sexistas, la reproducción biológica y el amamantamiento de las crías separa a las homínidas de las actividades subsistenciales, haciéndolas depender de los homínidos, al igual que ocurría en el modelo cazador. En realidad, esta separación

producción/reproducción se originó en unas formaciones socioeconómicas y entre unas clases muy concretas, no obstante esta dicotomía no se refleja en ningún grupo cazador/recolector ni en cualquier comunidad agrícola del Tercer Mundo, por ejemplo. Si de algo hay que hablar, es precisamente de doble trabajo y doble explotación de las mujeres. Cuando una bosquimana se traslada con su hijo a cuevas y anda varios kilómetros diarios para conseguir productos vegetales que constituyen, dicho sea de paso, casi el 70 % de la dieta alimenticia de la banda, frente a la caza, ¿no participa en la producción? ¿No tiene movilidad? ¿No es autónoma desde el punto de vista económico? ¿Necesitan ella y sus hijos al bosquimano cazador/proveedor para poder sobrevivir?

Resulta también curioso observar que estos dos últimos modelos tienen en cuenta las últimas sugerencias proporcionadas por los nuevos estudios de los datos empíricos. No mencionan la caza como primera fase del desarrollo cultural sino la recolección, sin embargo, a la hora de interpretar, proyectan al pasado de una manera ostensible situaciones e ideas actuales sobre la situación de las mujeres. Sería preferible que, tanto Lovejoy como Fisher, comentaran, antes de sus exposiciones, su propia visión de las relaciones entre los géneros y sus valoraciones acerca de las mismas. De este modo resultaría mucho más fácil la comprensión de sus conclusiones, que pretenden ser «científicas» por excelencia al apoyarse en la teoría de los sistemas el primero y en la sociobiología la segunda.

Modelo cazador, modelo recolector, modelos alternativos que retornan a la tradición pasada, ¿ciencia o política? En unos momentos en que se está cuestionando la validez del discurso científico moderno creo que es necesario tener presente que nos enfrentamos únicamente con la posibilidad de asumir una perspectiva investigadora crítica, comprometida y con vistas a la transformación de nuestra propia sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- ARDREY, R. (1961): *African Genesis*, Londres.
— (1966): *The territorial imperative*, Nueva York.
— (1979): *The social contract*, Nueva York, 1970. Traducción castellana en Plaza y Janes.
— (1978): *The hunting Hypothesis —A Personal Conclusion Concerning the Evolutionary Nature of Man*, Londres, 1976. Trad. cast. Alianza.
BLEIER, R. (1984): *Science and Gender. A Critique of Biology and Its Theories on Women*, Oxford.
BLUMENBERG, B. (1979): «The origins of hominid megafaunal carnivory», *Carnivore* 2, pp. 71-72.
BRAIN, C. K. (1970): «New finds at the Swartkrans australopithecine site», *Nature* 225, pp. 1.112-1.119.

- (1981): *The hunters of the hunted?*, Chicago.
- CHILDE, V. G. (1986): *Man makes himself*, Londres, 1936. Trad. castellana F.C.E.
- DAHLBERG, F. (Ed.) (1981): *Woman the Gatherer*, Yale.
- DART, R. A. (1925): «Australopithecus africanus: The Man-Ape of South Africa», *Nature* 115, pp. 195-199.
- (1953): «The predatory transition from ape to man», *The International Anthropological and Linguistic Review*, Miami, vol. 1, n.º 4 pp. 201-209.
- (1959): *The Osteodontokeratic culture of Australopithecus prometheus*, Nueva York.
- DARWIN, Ch. (1874): *The descent of man and selections in relation to sex*, Nueva York.
- DENNEL, R. (1987): *European Economic Prehistory. A new Approach*, Londres, 1985. Trad. Cast. Crítica.
- DHOQUOIS, G. (1977): *Pour l'histoire*, París, 1971. Trad. cast. Anagrama.
- FISHER, H. (1984): *The Sex Contract. The Evolution of Human Behaviour*, 1982. Trad. cast. en Argos-Vergara.
- FRIEDL, E. (1975): *Women and men: an anthropologist's view*, Holt.
- HARDING, R. S. O. y TELEKI, G. (eds.) (1971): *Omnivorous Primates. Gathering and Hunting in Human Evolution*, Nueva York.
- LINTON, S. (1971): «Women the gatherer: Male bias in anthropology», en *Women perspective. A Guide for Cross-Cultural Studies*, J. Jacobs (Ed.), Urbana.
- LOVEJOY, O. (1981): «The origin of man», *Science*, 211 n.º 4.479, enero.
- HARDING, R. S. O. y TELEKI, G. (eds.) (1981): *Omnivorous Primates. Gathering and Hunting in Human Evolution*, Nueva York.
- HINDESS, B. y HIRST, F. (1979): *Precapitalist modes of production*, Londres, 1975. Trad. cast. Península.
- ISAAC, G. (1976): «The Food-sharing Behaviour of Protohuman Hominids», *Scientific American*, abril.
- (1980): «Casting the Net Wide», en *Current Argument on Early Man*, L. K. Konigsson (Ed.), Oxford, pp. 226-251.
- (1984): «The archaeology of Human Origins: Studies of the Lower Pleistocen in East Africa 1971-1981», en *Advances in World Archaeology*, F. Wendorf y A. E. Close (eds.), Orlando.
- JOHANSON, D. y EDEY, M. (1982): *Lucy. The beginnings of humankind*, 1981. Trad. cast. Planeta.
- LANCASTER, J. B. (1975): *Primate Behaviour and the emergence of human culture*, Nueva York.
- (1976): «Sex roles in primate societies», en M. S. Teutelbaum (Ed.), *Sex Differences, Social and Biological Perspectives*, Garden City.
- (1978): «Carrying and sharing in human evolution», *Hum. Nat.* 1, pp. 82-89.
- LEAKEY, L. S. B. (1963): «Adventures in the Search of Man», en *Scientific American*, 208, enero.
- (1981): *The making of Mankind*, Nueva York.
- LEE, R. (1974): «Male-female residence arrangements and political power in human hunter-gatherers», en *Arch. Sex Beav.*, 3, pp. 167-173.
- (1979): *The Dobe !Kung*, Nueva York.

- LEIBOWITZ, L. (1986): «In the beginning... The origins of the Sexual Division of Labour and the Development of the First Human Societies», en *Women's work, Men's Property. The Origins of gender and class*, S. Coontz y P. Henderson (eds.), Londres.
- LORENZ, K. (1966): *On aggression*, Nueva York.
- MCGREW, W. C. (1981): «The female chimpanzee as a human evolutionary prototype», en *Woman the Gatherer*, pp. 35-73.
- MANN, A. E. (1975): *Paleodemographic aspects of the South African Australopithecines*, Filadelfia.
- (1981): *Diet and Human Evolution*, en Harding-Teleki (eds.), pp. 10-36.
- MARTIN, M. K. y VOORHIES, B. (1978): *Female of the Species*, Nueva York, 1975. Trad. castellana Anagrama, *La mujer: un enfoque antropológico*.
- MEILLASSOUX, C. (1977): *Femmes, greniers, capitaux*, París, 1975. Trad. cast. Siglo XXI.
- MONTAGU, A. (1978): *The nature of human aggression*, Nueva York, 1976. Trad. cast. Alianza.
- MORIN, E. (1973): *Le paradigme perdu: la nature humaine*, París.
- MORRIS, D. (1970): *The naked ape*, Londres, 1967. Trad. cast. Plaza y Janés, *El mono desnudo*.
- MOSCOVICI, S. (1975): *La société contre nature*, París, 1972. Trad. cast. Siglo XXI.
- (1974): «Quelle unité: avec la nature ou contre», en A.A.V.V. *L'unité de l'homme*, París.
- OHEL, M. Y. (1977): «Patterned Concentrations on Living Floors at Olduvai, Bedo. and II. Experimental Study», *Journal of Field Archaeology*, 4, pp. 423-433.
- PFEIFFER, J. E. (1972): *The emergence of Man*, Nueva York.
- POTTS, R. (1984): «Home Bases and Early Hominids», en *American Scientist*, 72, pp. 338-347.
- SAHLINS, M. (1960): «The origin of society», en *Scientific American*, 203 (1) pp. 76-87.
- (1977): *Economy of Stone Age*. Chicago, 1974. Trad. cast. Akal.
- SHIPMAN, P. (1983): Early hominid life-style: Hunting and gathering or foraging and scavenging?, en *Animals and Archaeology*, J. Clutton-Brock y C. Grigson (eds.), BAR International Series 163, Oxford.
- TANNER, N. M. (1981): *On becoming Human*, Cambridge.
- TERRAY, E. (1977): «Clases y conciencia de clase en el reino abron de Gyaman», en *Marxist Analyses and Social Anthropology*, Londres, 1975, Trad. cast. Anagrama.
- TESTARD, A. (1986): «Le communisme primitif. I Economie et idéologie», París.
- (1986): «La mujer y la caza», *Mundo Científico*, 64, diciembre, pp. 1.212-1.220.
- VRBA, E. S. (1975): «Some evidence of chronology and paraecology of Sterkfontein, Swartkrans and Kromdraai from the fossil bovidae», en *Nature*, 254, pp. 301-304.
- WASHBURN, S. L. y LANCASTER, C. S. (1968): «The evolution of hunting», en *Man the Hunter*, pp. 293-303.
- ZIHLMAN, A. L. (1978): «Women in evolution. Part II: Subsistence and social organization among early hominids», en *Signs*, 4, pp. 4-20.

- (1981): «Women as Shapers of the Human Adaptation», en *Woman the Gatherer*, F. Dahlberg (ed.), New Haven y Londres, pp. 75-121.
- (1983): «A Behavioral reconstruction of Australopithecus», en *Hominid Origins. Inquiries Past and Present*, K. J. Reichs (ed.), Washington, DC, pp. 207-238.